

Monseñor Romero, buena noticia para El Salvador

El anuncio de la beatificación de Monseñor Oscar Arnulfo Romero fue recibida por este pueblo de Dios de El Salvador, con júbilo y profundo agradecimiento al Papa Francisco que guiado por el Espíritu de Dios, desbloqueó el proceso de su causa de beatificación en el Vaticano. Alegría y gozo porque la justicia va a resplandecer cuando el próximo 23 de mayo sea proclamado públicamente, por un representante de la Santa Sede, como testigo de la fe, como ejemplo a imitar por toda la cristiandad y todas las personas de buena voluntad en el mundo, al reconocer en él a un beato, a un mártir que defendió la fe hasta las últimas consecuencias. Un reconocimiento que trasciende las fronteras de la Iglesia católica. Desde el momento de su martirio este pueblo que le conoció, reconoció en él a un auténtico discípulo de Jesús y nunca puso en duda que Monseñor Romero fue Palabra de Dios para El Salvador. El lugar donde fue sacrificado, la casita en el hospital de enfermos terminales donde vivió, su tumba, han sido y continúan siendo, lugares de peregrinaje constante.

Este pueblo de gente humilde, los pobres, las comunidades cristianas de base, las religiosas y religiosos que acompañan procesos en pueblos y cantones campesinos, los eternos desempleados que llenan las calles de nuestras ciudades con sus ventas informales, los jóvenes que no encuentran espacios para desarrollar sus potencialidades, los que viven en los márgenes sin expectativas de desarrollo, los que corren los riesgos de cruzar la frontera, conforman ese pueblo agradecido con Monseñor porque reconocen en él al pastor que supo ubicarse en su realidad y desde esa realidad habló en su nombre con autoridad, haciendo llamados a los políticos, a los militares, a jueces, a los grandes latifundistas, a empresarios, a los ricos, para que, renunciando a la idolatría del poder y del dinero pusieran sus capacidades al servicio de este sufrido pueblo. Y nos llamó a todos a ubicarnos en el terreno de los pobres y desde ahí trabajar unidos en la construcción del bien común *“No es prestigio para la Iglesia estar bien con los poderosos. Este es el prestigio de la Iglesia: que los pobres la sientan como suya, sentir que la Iglesia vive una dimensión en la tierra llamando a todos, también a los ricos, a convertirse y salvarse DESDE el mundo de los pobres, porque ellos son únicamente los bienaventurados”*

Como los profetas de Israel, Monseñor fue llamado por Dios para denunciar los atropellos y abusos que se cometían contra un pueblo sumido en pobreza y opresión y a hacer vehementes llamados a la conversión y la justicia a los pocos que concentraban la riqueza y el poder político y militar en el país. En su homilía del 12 agosto del 79 hizo referencia al gran mal del país diciendo: *“Yo denuncio sobre todo, la absolutización de la riqueza. Este es el gran mal de El Salvador: la riqueza, la propiedad privada como un absoluto intocable y ¡ay del que toque ese alambre de alta tensión, se quema! Lo que se tiene no es sólo para uno, lo que se tiene es como don de Dios para que lo administren al servicio del bien común. No es justo que unos pocos tengan todo y lo*

absoluticen de tal manera que nadie lo pueda tocar y la mayoría marginada se esté muriendo de hambre” La cercanía de Monseñor con su pueblo le hizo ver la presencia de Dios en los pobres y le imprimió ese talante suyo de profeta que le condujo a enfrentar todos los riesgos que su ministerio pastoral le exigió en una época de grave represión por parte de la dictadura militar, tiempos en que la oligarquía tildaba de conspiración comunista toda acción que buscara mejorar las condiciones de vida de los obreros y campesinos. Y Monseñor fue esa voz que se alzó para denunciar atropellos. Su ineludible compromiso evangélico le sumergió en ese mundo del pobre y fue consecuente con la misión de la Iglesia inserta en el mundo, nunca como un reducto separado y privilegiado en la sociedad. En sus tres años al frente del Arzobispado nos dejó claro que a la Iglesia la debemos entender a partir de la misión que nos manda el Señor sin ambigüedades y esto, llevado a la práctica con honestidad, genera conflictos y exige estar dispuestos a todas las consecuencias y vivió esa misión en ese contexto de violencia y persecución que paradójicamente unificó a toda la diócesis y fortaleció el compromiso de los distintos sectores: sacerdotes, religiosos/as, catequistas, celebradores de la Palabra, colegios católicos, seminaristas, todos cerraron filas alrededor de su obispo a pesar del sufrimiento y persecución desatada contra la Iglesia que le costó la vida a 6 sacerdotes y a cientos de catequistas y agentes de pastoral en esos 3 años de su arzobispado. Las campañas de difamación y odio contra los llamados a la conversión que desde la fe y la fidelidad a las orientaciones de la Iglesia Monseñor hacía, tuvieron repercusiones tremendas. Una hoja volante circuló por las calles lanzada de vehículos particulares con la consigna “haga patria, mate a un cura”. Un mes antes de su asesinato, Monseñor nos hacía esta asombrosa reflexión: *“Se gloria nuestra Iglesia de haber mezclado su sangre de sacerdotes, de catequistas y de comunidades, con las masacres del pueblo y haber llevado siempre la marca de la persecución. Precisamente porque estorba, se quiere la calumnia y no se quisiera escuchar en ella la voz que reclama contra la injusticia”*

Ahora la verdad sobre Monseñor se ha impuesto dentro y fuera de la Iglesia y su voz profética sonará en los corazones de quienes quieran hacer suyo este espíritu romeriano y acompañarlo en la apasionante tarea de extender el Reino de Dios por el mundo. Por eso ¡estamos alegres! y nos preparamos con gozo y distintas actividades a ese momento solemne en que será puesto en alto su nombre y su ejemplo de vida irreprochable ante Dios.

San Salvador 12 de abril de 2015.

Marisa de Martínez.